

El juicio revisionista sobre Barros Arana

UNA crítica tenaz y sorda, fundada en apasionadas valoraciones de conceptos filológicos, estéticos y sociológicos; una crítica de interpretaciones torcidas y vehementes acerca del valor de la documentación, para captar, con la intuición —como se dice ahora—, el tamiz de la época en su color evocador, y una nueva teoría de la historia genética, ha pretendido destruir la obra histórica de Barros Arana, a partir del año 1935.

Esta crítica tenía, sin embargo, algunos lejanos antecedentes y no se encontraba vinculada a este nuevo sentido de negación que se ha comenzado a hacer de la obra del historiador.

Desde 1857, había sido Barros Arana fustigado por los católicos por sus informes acerca de la enseñanza en el Seminario Conciliar de Santiago. Sus estudios históricos provocaron más de una polémica por sus ideas religiosas y su grande obra, después, no pudo escapar a la indignación de los creyentes. Las reformas educacionales que acometió fueron contradichas, no con argumentos, sino con verdaderos latigazos. La *Revista Católica* guarda esa diatriba en sus números.

A nadie puede sorprender, pues, que una personalidad tan recia como la de Barros Arana, hecha para luchar por sus ideales y sus creencias, tuviera enemigos.

Era liberal e increyente en materia religiosa. Era un agnóstico. Creía en la ley del progreso y cifraba en la cultura intelectual el porvenir de los pueblos. Iglesia católica y clero se le representaban como adversarios de la ley del progreso, en la que creía como en un dogma. Su concepción de la libertad, por otra parte, amplia, sin restricciones, sin comprensión de los marcos que las necesidades sociales le imponen, le hizo ver tiranías donde no las había.

Sus mayores enemigos fueron los individuos que formaban en el Partido Conservador y en el clero. Defendió el Estado Docente como el único recurso legal capaz de hacer serios los estudios y de no enclaustrar la mente de los jóvenes. Atacó todo proselitismo religioso. Impuso los ramos científicos en la enseñanza y ellos fueron mirados como un intento de desarraigar las creencias religiosas católicas.

Era natural y hasta justo que los católicos le atacaran.

En su *Historia General* sostuvo sus ideas: negó la acción civilizadora del clero en el indio; puso en duda el valor de su enseñanza, o, simplemente, no le dió importancia. Se manifestó enemigo de España y de todo lo español, por estimar que, entre clero y poder civil, se había organizado la tiranía para oprimir América. Sus libros históricos fueron criticados desde éstos sus puntos de vista, con acritud, descomedimiento y violencia.

El investigador no lo fué nunca. Su buena fe, tampoco. La *Historia General*, con todos sus aparentes defectos ideológicos, se impuso al sector de sus enemigos.

En 1913, un sacerdote con cierta autoridad en los estudios históricos eclesiásticos, inició, como especialista, la batalla contra la obra de Barros Arana. Con las iniciales de su nombre C. S. C., que corresponde al de Carlos Silva Cotapos, publicó un folleto in 16º, de 23 páginas con el título *Barros Arana, historiador. Santiago de Chile. Imprenta San José*. En estas páginas se repetía lo mismo de siempre: la impiedad del escritor, su odio contra la Iglesia, el sectarismo de su espíritu contra ella y el clero y la posición antiespañola. *Et sic de coeteris*.

El monumento de investigación y de sabiduría quedaba en pie.

El centenario del nacimiento del historiador en 1930, fué conmemorado como un acontecimiento nacional por el país. El educador, el hombre que había reformado la enseñanza, el institutor de la juventud, el trabajador intelectual modelo, el propulsor de nuestra cultura, el paradigma de virtudes cívicas ejemplares, fué exhibido como una gloria nacional. Los conservadores y el clero no tenían un hombre de la talla de Barros Arana que oponer. Le hicieron "cristianamente" el vacío al centenario, e intentaron roer la fama del historiador. Carlos Silva Cotapos entregó a las prensas al año siguiente, 1931, apenas pasados los ecos del acontecimiento nacional, una segunda edición de su trabajo, en un folleto in 16º, de 38 páginas, por la misma imprenta San José de Santiago de Chile.

Desde 1893 habían quedado sepultados en las catacumbas de un diario conservador y católico, *El Porvenir*, de Santiago de Chile, los artículos sobre Barros Arana de un crítico de filiación conservadora, de talento y de cultura. En 1926, fueron exhumados para dar origen, junto con otros de la misma índole, a un libro de crítica. Su autor era Pedro N. Cruz. El título de la obra que entonces apareció, reza como sigue: *Estudios sobre la literatura chilena. Volumen I. Casa Zamorano y Caperán. Santiago de Chile. 1926.*

Por mucho que sea el apasionamiento y la prevención de Cruz en su estudio sobre *Diego Barros Arana*, al cual consagró 68 páginas, desde la 145 a la 213, es necesario convenir que el crítico fué afortunado al encarar las disposiciones intelectuales extraordinarias del historiador para la investigación histórica. Las analizó al través de los 11 volúmenes de la *Historia General* entonces dados a luz, hasta 1896; pero le desconoció todo otro mérito. Es decir, Cruz presentó el arquetipo de historiador que él concebía y no el de Barros Arana. La imagen tenía que resultar desmejorada. Concluyó su ensayo con estas palabras, llamándola: "obra de labor inmensa y de gran investigación; pero sin vida. Le falta el corazón y el pensamiento".

A lo primero, precisamente, fué a lo que aspiró el historiador. Lo repitió hasta el cansancio en el prólogo y en la conclusión de la *Historia*. A lo segundo, el juicio no es exacto. En las páginas suyas, las palpitaciones de un corazón ardoroso se sienten muy vivas, al reconstituir, con hechos fun-

damentados, el pasado nacional. El pensamiento se refleja en la sobria manera y forma cómo con su método positivo trabaja el hombre de ciencia con las realidades del suceder histórico. En su época, el estudio de Cruz careció de resonancia. Sólo el *revival* del catolicismo lo puso de actualidad en esos días. Pero en 1926, al ser reeditados esos estudios de Cruz, encontró un contradictor, Ricardo Donoso, en la revista *Atenea* de la Universidad de Concepción, en el número correspondiente al mes de agosto de 1926, atacó las opiniones de Cruz en un artículo al que dió el nombre de *Barros Arana y sus detractores*, que luego recogió en el volumen *Hombres e ideas de antaño y ogaño. Ediciones Ercilla. Santiago de Chile. 1936.* En el artículo que recordamos, Donoso se encará también con las opiniones de Carlos Silva Cotapos en el folleto de que hemos hablado.

En 1936, aparecieron las *Memorias de Abdón Cifuentes (1836-1928)*, impresas por Nascimento en Santiago de Chile, en 2 volúmenes in 8º. El memorialista había comenzado a redactar sus recuerdos a los 80 años y los prosiguió hasta poco antes de su fallecimiento cuando iba a cumplir los 92. Enconadísimo enemigo de Barros Arana, ni la serenidad de los años, ni la distancia del tiempo considerable en que estos dos hombres disputaron sobre ideales de enseñanza, el uno como Ministro de Instrucción Pública y el otro como Rector del Instituto Nacional; el uno como defensor de la libertad de enseñanza y el otro como partidario de la docencia del Estado; éste como católico, conservador y clerical sectario y aquél como laico, increyente y positivista, en Cifuentes nada había atenuado el odio que sentía por el Maestro de la juventud de Chile. En el tomo primero y segundo de las *Memorias*, descargó contra Barros Arana acusaciones y denuestos que hoy la crítica histórica ha invalidado, y que sostenidos por Cifuentes mostraban ya la profunda pasión que los animaba.

Cifuentes era un excelente abogado y un razonador temible. Presentó los hechos de su causa de una manera impecable, habilidosamente coordinados, dispuestos de un modo que sus cargos convencieran, y aún más, lograran exasperar al lector por las que aparecen como las arbitrariedades del Rector del Instituto Nacional.

En la formación del juicio sobre Barros Arana, las opiniones de Cifuentes han pre-

valecido, como es natural, en los individuos de la escuela conservadora y hecho partícipe de ellas a los pseudoliberales de hoy, inconfesados conservadores. La defensa de Barros Arana, en cambio, clara y contundente, ha sido desconocida. Su viril folleto *Mi destitución*, publicado en 1873, en el que hizo el alegato brillante y documentado de su obra de educador y de las reformas que introdujo en el Instituto Nacional, junto con sus artículos de prensa y sus intervenciones en el Consejo de la Universidad de Chile, en las que probó las demasías de Cifuentes, todo esto ha quedado sepultado para las generaciones que siguieron a la de aquel debate memorable, ignorándose el alcance doctrinario que Barros Arana le dió en defensa de principios esenciales de la libertad de pensamiento.

Cifuentes, con sus *Memorias* en el siglo actual, removió un asunto del pretérito y con su relato inteligente sorprendió a los hombres de la actual generación. Barros Arana quedó así en una situación desfavorable. Ricardo Donoso impugnó las afirmaciones de Cifuentes en una serie de artículos publicados en el diario de Santiago de Chile, *La Hora*, que después recogió en el libro que ya hemos recordado.

Desde otros puntos de vista, desde el político, principalmente, el ablandamiento del terreno contra las concepciones de Barros Arana, lo había iniciado el historiador monttvarista Alberto Edwards mucho antes. Sin necesidad de atacarlo, socavó el contenido espiritual de su liberalismo. De 1903, es el folleto de Edwards, *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*, cuya segunda edición, hecha por la Editorial Ercilla, vió la luz en 1936, el mismo año en que aparecieron las *Memorias* de Cifuentes. Por su parte, Francisco Antonio Encina, en 1912, asestaba a Barros Arana, como educador, fuertes golpes por sus métodos de enseñanza intelectualista europeizante y cientista, como decía, en el libro *Nuestra inferioridad económica*, como más adelante se verá.

Nuevamente Edwards, en un libro de tesis audazmente tendencioso, encaminado a la apología de los gobiernos fuertes y a poner en duda los beneficios de la democracia, en *La fronda aristocrática en Chile*, publicada en la Imprenta Nacional en 1928, en Santiago de Chile, sometía a una crítica escéptica y desmoralizadora, las conquistas conseguidas por el reformismo liberal en el pasado siglo, obra de los hom-

bres de la ideología de Barros Arana y que el historiador había contribuido a difundir. Edwards la destruía con sutil dialéctica escolástica, muy especiosa. De 1936 es también la segunda edición de esta obra.

A los tres años de haber visto la luz *La fronda aristocrática en Chile*, en 1928, publicábase, en 1932, una obra póstuma del mismo Edwards, *El gobierno de don Manuel Montt (1851-1861)*, por la Editorial Nascimento. En las 493 páginas de este libro parcial y de tesis, como todos los suyos, el liberalismo revolucionario, que en sí llevó las aspiraciones de transformar la condición feudal de la sociedad chilena, era violentamente desacreditado con las reflexiones de una filosofía enemiga del progreso democrático y social. Barros Arana fué corifeo de ese liberalismo después que se emancipó de las tienditas católicas y peluconas y pasó a formar parte de la oposición liberal contra el gobierno monttvarista.

El pensamiento liberal fué ridiculizado y escarnecido por el autor de este libro. Ni Edwards ni Encina se han manifestado comprensivos del tiempo de Barros Arana. Lo que han motejado de ideologías foráneas en el liberalismo, es el ataque a las concepciones políticas que destruían el arquetipo sustentado y encarnado en un Portales, en un Montt y en un Varas, o sea, el autoritarismo. Al desear los liberales un sistema menos restrictivo del ejercicio del poder, fueron considerados ideólogos y poco menos que insensatos. La historia demostraría que cuando en 1861 el país con Pérez, durante un decenio, no sintió el látigo del autoritarismo, la libertad pudo prosperar, y prosperó, en efecto, en todos los gobiernos liberales desde 1871 hasta 1891, en que desapareció el autoritarismo policial, no siendo necesarias las facultades extraordinarias y llevándose a cabo la reforma de las instituciones sin violencia, las que favorecieron la democratización de la república.

En 1930, un nuevo impacto se lanzó contra Barros Arana como diplomático. Estaba calculado a producir en la opinión nacional el repudio a la gestión de un hombre que sólo fué el liquidador de un hecho consagrado antes de su misión, y del cual logró sacar partido en favor del país. José Miguel Irarrázabal daba a luz el libro *La Patagonia. Errores geográficos y diplomáticos*. Imprenta Cervantes. 1930, volumen in 4º, de 288 páginas. Trabóse

una polémica acerca de los puntos de vista de Irrazábal en contra del historiador convertido en diplomático. Ricardo Donoso, en dos artículos publicados en *El Mercurio* de Santiago de Chile, de 10 y 19 de marzo de 1931, con el título de *Barros Arana y la pérdida de la Patagonia*, desmontó la argumentación del escritor conservador. Replicó éste en el mismo diario *El Mercurio* con otros tres artículos intitolados *Barros Arana y la pérdida de la Patagonia* y *La Patagonia de Barros Arana*, de 15 y 20 de marzo y 2 de abril de 1931. El artículo de Donoso hállase reproducido en su libro *Hombres e ideas de antaño y ogaño*, págs. 137-147.

Alberto Edwards también se hizo parte en el debate. En el mismo diario *El Mercurio* escribió el 1º de abril de 1931, un artículo al que dió el título *La Patagonia de Barros Arana*. José Alfonso, hijo del Ministro de Relaciones Exteriores, bajo cuya dirección se desarrolló la misión Barros Arana en la Argentina, intervino en la discusión con otro artículo en el mismo diario, al que tituló *¿Todavía la Patagonia?*, que vió la luz el 24 de marzo de ese año. Después de esta polémica, el libro de Irrazábal desapareció de las librerías, siendo hoy rarísimo. Un resumen del libro que había motivado la discusión, el autor lo incluyó en otro suyo: *Tres temas de historia. Portales, tirano y dictador. La pérdida de la Patagonia. Causas y resultados de la revolución de 1891. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. Valenzuela y Basterrica y Cía. Arturo Alessandri P., 63, 1951, 4º, páginas 45-106.*

La actuación de Barros Arana como perito en la cuestión de límites, a consecuencia de los acontecimientos que derivaron del Tratado de 1881, ha sido tratada, con los documentos del archivo del mandatario que directamente tuvo intervención principalísima en ella, Federico Errázuriz Echaurren, que fué implacable enemigo de Barros Arana, por el escritor conservador Jaime Eyzaguirre, en la obra *Chile durante el gobierno de Errázuriz Echaurren (1896-1901)*. Empresa Editora Zig-Zag, 1957, 8º, 380 páginas. No alcanzaba a secarse la tinta de los pliegos del libro, cuando uno de los hijos de los actores de esos sucesos, el político de tendencias conservadoras falangistas, Horacio Walker Larraín, contradecía a Eyzaguirre con documentos muy decisivos, en la parte que le había cabido al Ministro de Chile en Argentina, Joaquín Walker Martínez, en

la cuestión de límites, la que el Presidente de la República manejó como cuestión personal. A su vez, Ricardo Donoso salió en defensa de Barros Arana en dos artículos publicados en la revista *Atenea*, números 377 y 378, correspondientes a los meses de julio, agosto y septiembre y octubre, noviembre y diciembre de 1957, con el título *Omisiones, errores y tergiversaciones de un libro de historia*. Con este mismo título el autor lo publicó por la Editorial Nascimento, en un folleto de 48 páginas, Santiago de Chile, 1958. El de Horacio Walker Larraín se intitula: *La cuestión de límites con Argentina durante la administración Errázuriz Echaurren. Misión de don Joaquín Walker Martínez. Rectificaciones a don Jaime Eyzaguirre. Santiago de Chile. Editorial del Pacífico, S. A., 1957, en 16º, 36 págs.*

Hemos anotado hasta aquí lo que podríamos llamar el juicio revisionista que se ha intentado sobre Barros Arana: primero, como historiador, en seguida, como educacionista y después como diplomático. La escuela política conservadora ha sido la que siempre ha promovido la demolición de Barros Arana en los aspectos señalados, y a ella se ha unido con saña el clericalismo. El historiador no ha podido ser derribado, y, al contrario, las historias que se han publicado después, han confirmado la solidez de la de Barros Arana en la fundamentación del material que aprovechó. El juicio de Crescente Errázuriz, que no puede merecer reparo ni a los conservadores, ni al clero, ni a los pseudos liberales de hoy, por venir de un sacerdote y de un historiador tan eminente, nos vemos obligado a recordarlo aquí como expresión de la injusticia de ésos sus enemigos. Dice así:

Después de la obra de don Diego Barros Arana es harto difícil dar novedad a un estudio histórico dentro de la época que abraza su *Historia General de Chile*. Se podrán, sin duda, añadir uno y muchos episodios, rectificar errores que no es posible evitar en trabajos de tanto aliento, presentar en diverso aspecto hechos apreciados con diverso criterio, pero el fondo de la narración ya está conocido.

Este juicio es lapidario. Lo hemos copiado, además, porque él deja sin valor lo que ha escrito el presbítero Fidel Araneda Bravo, sobre el historiador, en dos artículos publicados en la revista *Atenea*, números 336 y 357-58, correspondientes a los

meses de junio y de julio-agosto, del año 1953, intitulados: *Los estudios históricos en Chile*.

El hombre de partido que hubo en Barros Arana ha sido atacado en sus ideas políticas, por dos escritores afiliados al partido histórico que fué el montt-varista, personalista como su nombre lo indica, y que asimismo se llamó nacional. Esos dos escritores ya los hemos nombrado: Alberto Edwards y Francisco Antonio Encina. Del primero hemos citado sus obras; al referirnos al segundo, cúmplenos expresar que el ataque a Barros Arana ha sido sin piedad. Lo ha deprimido como historiador, educador, diplomático, hombre público, individuo de pensamiento, en fin, ¿qué actividad de Barros Arana no ha fustigado Encina? El escritor a veces ha rebajado, por desgracia, con este encono, la propia dignidad de su obra.

Encina irrumpió en el campo de nuestra literatura histórica sin ningún antecedente. Sus anteriores estudios lo situaban en los del economista y del sociólogo. Con su libro lleno de sugerencias, *Nuestra inferioridad económica. Sus causas, sus consecuencias. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. Bandera 130. 1912*, un volumen in 16º, de IX y 364 páginas, publicado como el primero de la *Biblioteca de la Asociación de Educación Nacional*, llamó poderosamente la atención como pensador original, dueño de un estilo muy propio y vigoroso y con un sentido egolátrico, muy acentuado. El libro de Encina despertó polémicas. Reimpreso después de 46 años en 1955, en la *Colección América Nuestra*, por la Editorial Universitaria, en un tomito de 170 páginas, in 8º, a las que hay que añadir las de índice e introducción, que alcanzan a XXIV, suscrita esta última por Eduardo Moore, en nuestros días ese libro no tuvo la resonancia de los en que apareció. Pero en él están bosquejadas las ideas esenciales que su autor habría de desarrollar más tarde en la *Historia de Chile*, contra el tipo de enseñanza humanista e intelectual europeizante sostenida por la escuela liberal en la segunda mitad del siglo XIX, tan vigorosamente defendida por Barros Arana y otros, dentro del concepto del Estado docente. Hay en esta obra observaciones tan desprovistas de fundamento como ésta:

No pasó por la mente de Lastarria, de Amunátegui, de Barros Arana, ni por la de ninguno de los escritores y educacionistas de las generaciones precedentes, el

temor de que la penetración íntima de nuestra alma por civilizaciones extrañas, pudiera ser causa de graves perturbaciones morales —escribe al señalar los caracteres de lo que llama la crisis moral nacional—. Creían, con la filosofía de su época, que el andamiaje de la sociedad tradicional podía ser reemplazado por remedos de las sociedades europeas. Confiaban en que el resultado de este cambio sería una simple aceleración del progreso. No tomaron; pues, en los rumbos impresos a la educación las precauciones que habrían podido atenuar notablemente los hondos trastornos que de él iban a derivar.

Entre los intelectuales de la generación anterior (la del siglo XIX), tal vez es Barros Arana el más sugestionado; y, sin embargo, por poco que se ahonde en su psicología, se percibe que, más allá de la cultura científica y literaria netamente europea, está en toda su integridad moral el acervo de ideas y de sentimientos acumulados por el alma chilena en trescientos años de vida propia, realizada al amparo del aislamiento creado por la ubicación geográfica y la deficiencia de las comunicaciones (páginas 120-121 de la segunda edición).

Se percibe en este juicio la pasión. Sin embargo, lo peor es que su autor no ha explicado los daños de la penetración a que alude, las perturbaciones morales de que hace cuestión, ni presentado ejemplos de los daños que ha hecho en el alma nacional la ampliación de su cultura.

En ese mismo año de 1912, Encina entregaba al público otro estudio de índole pedagógica, pero de evidente tendencia sociológica. Llamábase *La educación económica y el liceo. Imprenta Universitaria. Santiago de Chile. 1912*. Desde este año, 1912, hasta 1934, salvo algunos contadísimos artículos de revistas, que nunca fueron de carácter histórico, a Encina no se le conocía como historiador. Sólo en 1934 se acreditó como tal, al dar a la estampa los dos gruesos volúmenes acerca del Ministro asesinado en el Barón, *Portales. Introducción a la historia de la época de Diego Portales (1830-1891). Editorial Nascimento. Santiago. 1934. Chile*, con un total de 882 páginas, obra que inconscientemente trae a la memoria la de Vicuña Mackenna sobre el mismo asunto, editada 71 años antes, en 1863, con el título *Introducción a la historia de los diez años de la administración Montt. Don Diego Portales, y*

justamente con el mismo número de páginas que la de Encina.

No puede decirse que el historiador emprenda en su libro un ataque especial y sistemático contra Barros Arana. En realidad, son atacados, cual más, cual menos, todos los historiadores que antes de Encina escribieron acerca del estadista: Lasterria, Vicuña Mackenna, Sotomayor, Valdés, Isidoro Errázuriz, Walker Martínez, Carrasco Albano, y sólo en parte queda en pie Alberto Edwards. Barros Arana, que admiró a Portales; que en su hogar conoció muy cerca la tradición que existía sobre el Ministro, por las relaciones que con él mantuvo su padre, en que ambos hicieron la vida política desde antes de 1829 hasta 1837, y también la del comercio a partir de ese primer año, es para Encina un escritor que ha deformado la realidad histórica al hacerla pasar por su cerebro conformado de acuerdo con su doctrinarismo liberal. Es un juicio evidentemente injusto, porque a Barros Arana se le impuso la figura de Portales.

Por ese tiempo, Encina redactaba la *Historia de Chile*. A fin de preparar el terreno para la suya, publicó el ensayo *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia*, 1935. El ataque a Barros Arana es aquí a fondo. Toda la historiografía del siglo XIX es demolida y los golpes son mayores para el más genuino representante de ella. Intelectualmente, Barros Arana era mediocre y un miope; su cultura, postiza; carecía de una filosofía; sectarismos y odios políticos y religiosos, lo hicieron parcial hasta el punto de preterir la documentación. De los progresos de la historiografía europea se encontraba absolutamente a ciegas. La *Historia General de Chile*, edificada con una aparente solidez, se halla construida en algunas partes con materiales deleznable. Buena enciclopedia de datos, no podía ella satisfacer el verdadero contenido de la historia. Ni los escritores conservadores, ni aún los clericales, habían ido tan lejos en la crítica, la cual se presenta adornada con citas y observaciones de las mayores autoridades de la historiografía europea, que Encina siempre cita con evidentes contradicciones al explicar las ideas de esos historiadores. Encina quería ver en Barros Arana sus puntos de vista como historiador y no los que el historiador había tenido en vista al escribirla. La confrontación era así imposible. Para nada eran consideradas las observaciones escritas en la

Historia General, en el prólogo y en la conclusión. Es decir, Barros Arana era presentado como Encina quería verlo. Además, la dureza de las expresiones, no se compadecen para tratar a un hombre que a todas luces merece respeto. No es difícil contradecir a Encina en sus, a veces, temerarias afirmaciones. Esta tarea excede los límites de estas notas. Más bien queremos indicar los comentarios con que el libro fué acogido.

En la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, correspondiente al número 86 de septiembre de 1935, Raúl Silva Castro insertó una muy sólida crítica que desautorizó el libro. De esas páginas, hizo el autor una separata con el título *Notas sobre el método en la historia. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. Estado 63. 1936, 109 páginas in 32º*.

En 1940 apareció la primera edición del tomo I de la obra de Encina, *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*, publicada por la Editorial Nascimento. En el curso de 12 años (1940-1952), fueron publicándose los 20 volúmenes que la componen. En rigor, si se hace honor a la verdad científica, Encina no habría podido materialmente escribir su historia sin el auxilio, sin la base, sin las indicaciones, sin el plan, sin las investigaciones de Barros Arana. La distribución material de la historia de Encina está calcada sobre la de Barros Arana. Las mismas fuentes bibliográficas son las que ha consultado y a veces ha vertido párrafos completos. En cuanto a los documentos, en su auxilio vinieron los de Medina y otros, aprovechados para corregir detalles de errores de Barros Arana. Pero Encina los ha amplificado con el evidente propósito de descalificar al autor de la *Historia General*. Esos errores que no logran cambiar el fondo de los sucesos que relató, no son nada en el conjunto. ¿Hay algo nuevo, de fundamental en Encina que no esté en el relato de Barros Arana? Absolutamente. Lo nuevo es su estilo vigoroso, el sentido polémico que da siempre a la narración, las sugerencias, discutibles o no, con que la avasalla, la interpretación científica o sociológica con que procura explicar los sucesos. Es penosa esta actitud de Encina para con Barros Arana historiador.

En el curso de la *Historia*, Encina ha debido tratar a Barros Arana como hombre público. Mientras éste escribía la historia de su patria, investigándola con la mayor seriedad que le era dable, la hacía tam-

bién con su acción personal en el decurso de la segunda mitad del siglo XIX. En ese tiempo fué periodista, impulsador de la cultura nacional con la fundación de revistas y diarios y con la publicación de obras suyas de diverso carácter. Fué político, conspirador y revolucionario y miembro del Congreso. Fué viajero estudioso, investigador de archivos y bibliotecas. Fué director de la enseñanza, su reformador y conductor por más de cuarenta años. Fué diplomático, negociador de gestiones importantes. Por último, fué hombre de partido, vale decir, de ideas, doctrinas, ideales y principios. Encina ha encontrado a Barros Arana en esas actividades al historiar la vida chilena del segundo medio siglo XIX. Cada vez que se ha producido el contacto, ha sido para atacarlo. En los 20 volúmenes de la *Historia* no hay ningún individuo que haya merecido más amargas críticas. Y es también imposible que este mismo individuo, con acción tan dilatada en tantas esferas, siquiera en una no fuera feliz... Ni siquiera en la de historiador.

Carlos Ramírez Salinas, discípulo de Barros Arana y su amigo, fué el primero en llamar la atención hacia los ataques de Encina al historiador, antes de que apareciera la *Historia* en 1940. En un número del *Boletín del Instituto Nacional*, de agosto de 1936, y en otros, defendió la memoria del maestro. Antes de 1930, al cumplirse el centenario del educador, en *La Nación* de Santiago de Chile, había publicado una serie de recuerdos e impresiones. Ramírez Salinas, con todo este material, hizo un simpático libro: *Don Diego Barros Arana. Ediciones de la Universidad de Chile, 1942*. Tal es su título. Son 161 páginas in 16º.

Con el fin de hacer contrastar los métodos de Barros Arana con los de Encina, publicamos nosotros en 1944 en el número correspondiente a febrero de la revista *Atenea* un artículo con el nombre de *Dos criterios históricos: Barros Arana y Encina*.

Diez años antes, en 1934, nosotros habíamos publicado el estudio intitulado *Barros Arana y el método analítico en la Historia. Un ensayo de interpretación*, impreso por la Editorial Nascimento en un folleto en 4º de 48 páginas, el cual sirvió de prólogo a los capítulos de síntesis extraídos de la *Historia General* de Barros Arana, para formar los dos volúmenes in-

titulados *Orígenes de Chile*, editados también por Nascimento.

Los tenaces ataques de Encina a Barros Arana despertaron rectificaciones que no se pueden omitir por su importancia y porque al mismo tiempo sirven para fijar la posición de éste en el campo de la historia. Al año siguiente de nuestro artículo, Julio Montebruno publicó en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, número 106, correspondiente a enero-diciembre de 1945, un brillante estudio con el título *La obra histórica de Barros Arana*, páginas 5-22. Bajo la forma de una carta dirigida a Domingo Amunátegui Solar, el decano de los historiadores chilenos de entonces, discípulo de Barros Arana y de quien fuera su amigo personal, Montebruno se pronunciaba sobre las ideas de Encina, desmenuzándolas con rigor, siguiendo su origen y estableciendo el carácter de su literatura. De todo lo que sobre Encina se ha publicado con el propósito de revelar la urdiembre, como él diría, de su complejo pensamiento, contradictorio, dogmático, absoluto e intollerante, pero expuesto en un estilo atractiva, este estudio es lo mejor que se ha escrito hasta ahora. En este mismo número de la revista citada, Amunátegui Solar respondió a Montebruno. El viejo historiador condenó con pena y amargura la conducta literaria y científica de Encina. Esas críticas sensatas, que hablaban a la imparcialidad del escritor, a cierta solidaridad profesional y moral de un historiador que se había afianzado en otro, no tuvieron en Encina el menor eco. Al contrario. Lo hicieron estallar en un nuevo ataque contra Barros Arana. Enero Espinoza había escrito en 1946 un libro intitulado *El Abate Molina. Uno de los precursores de Darwin. Empresa Zig-Zag*, 192 páginas, in 8º, y para él escribió Encina el prólogo al que dió el título *La renovación de nuestra historia. Una odisea literaria*. Los conceptos teóricos vertidos en esa introducción son, con las variantes a que lo contraía la limitación del espacio, los mismos que se encuentran en *La literatura histórica chilena*, en el discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Historia y en el prólogo de la *Historia de Chile*. Pero en estas páginas el historiador entraba en revelaciones de un carácter íntimo sorprendentes. Establecía la ninguna solidez de la obra de Barros Arana frente a la documentación acumulada por Medina, Morla Vicuña,

Matta Vial y otros. Dejaba entender cómo Medina, por odio a Barros Arana, le había encomendado, a Encina, rehacer la *Historia general*. De cómo también Tomás Thayer Ojeda había incitado a Crescente Errázuriz a demoler al historiador de Chile. Después se refería a Barros Arana, a su persona, a su ausencia de imaginación, a su limitada visión histórica, a lo postizo de su cultura, a la ignorancia de la historiografía europea, a su espíritu pequeño y sin grandeza, a la preterición deliberada de documentos para servir determinados propósitos, y, por último, a sus menguadas condiciones de escritor. De inmediato surgieron las respuestas a estas revelaciones. En el número 109, correspondiente a enero-junio de 1947 de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Ricardo Donoso escribió un violento artículo, pero debidamente documentado, con el título *Rectificaciones a una diatriba contra Barros Arana*, páginas 26-49, y Raúl Silva Castro otro, que llamó *Don Crescente Errázuriz y Don Diego Barros Arana, historiadores de Chile* (páginas 51-65), que invalidaron en forma

absoluta las afirmaciones de Encina. Los hechos alcanzaron en estas rectificaciones todas las proporciones de una demostración.

Aunque de un carácter general, porque su autor se contrae a establecer con pruebas decisivas las apreciaciones contradictorias de Encina, los errores de interpretación en que incurre, junto con los de hecho, que se destacan en la *Historia de Chile*, el Profesor de la Universidad de Chile, Elías Almeyda Arroyo, publicó en 1952 el estudio *La Historia de Chile de don Francisco Antonio Encina. Estudio crítico. Prólogo de Ricardo Donoso. Imprenta San Francisco. Padre Las Casas, 1952, 8º. 66 págs.*

A fin de completar estas notas, que establecen los resultados a que ha llegado hasta el momento el revisionismo negativo sobre Barros Arana, las concluimos anotando el artículo de Julio Alemparte publicado en la revista *Occidente*, número 109, septiembre 1956, abril 1957, Santiago de Chile, con el título *La verdad sobre el historiador Encina*, página 14.